



CONGREGATIO PRO CLERICIS

XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO - B

Citas:

Sg 7,7-11:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9ak0wmg.htm

He 4,12-13:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9asrbsd.htm

Mc 10,17-30:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9a0likj.htm

Aquella mañana, el joven rico tenía en el corazón un presentimiento de felicidad, porque intuía algo bueno para él. Era una mañana abierta a una fiesta, porque el joven rico iría a ver a aquel famoso maestro del que todos hablaban en Galilea: de sus milagros, de cómo recibía a la gente, a los pecadores, de su doctrina... Él quería verlo y hablarle de sus aspiraciones, de su deseo de perfección delante de Dios.

Pero el presentimiento del verdadero bien para él, que una vez conseguido da la felicidad al corazón y constituye el problema en torno al cual gira el hombre, depende, para su cumplimiento, de cómo se responde a esta pregunta: “*Maestro bueno, ¿que debo hacer?...*” La verdadera tragedia del hombre de hoy –porque es de nosotros que habla el Evangelio- es que, como mucho, normalmente, este nudo se traduce en una pregunta que lleva consigo el germen de la futura tristeza, porque no es posible encontrar una verdadera respuesta. La pregunta sobre la felicidad se traduce hoy, en el mejor de los casos, en una cuestión inmediatamente ética, dando como por descontada la fe.

El joven rico cumplía fielmente todos los mandamientos... Pero si se insiste unilateralmente en los mandamientos, dando por presupuesta la gran Presencia, a Dios mismo que la genera, el modo con el que se habla de Dios y se vive con y por Dios, se hace “obligacionista” más que atractivo. De este modo, lo que predomina es la “prestación moral”, en vez del testimonio de una belleza entrevista, la fascinación de una Presencia que está delante nuestro en carne y hueso. La ética cristiana, nuestra

“prestación moral” es, demorado a menudo, una ética sin rostro, que no nace de un rostro, no nace de un Tú que pregunta: «¿Tú quién eres? ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo delante de Ti? ».

No era esto lo que se preguntaba el joven rico. Fue a Cristo para enriquecer su propia trayectoria moral con algún “plus”, pero no para ver su rostro: “Todo eso lo he cumplido desde mi juventud”. “Has cumplido todo, pero aún no me has mirado a Mí”, le respondió el Señor con su mirada, tanto más cuanto que le ofreció su rostro: “fijándose en él, lo amó”.

Jesús habrá sentido una aflicción en su corazón, porque su mirada, que era la mirada de Dios, “que penetra hasta la división del alma y del espíritu (...) y escruta los sentimientos y los pensamientos del corazón”, conocía cuál sería el fin.

Fue un epílogo triste, porque el joven rico no estaba dispuesto a ese “gesto ético” fundamental que es dejarse querer, es decir, definirse por Cristo. No estaba dispuesto a que esa mirada fuera decisiva para su destino. Por esto el Señor siente afligirse su corazón, como puede sentirlo un padre o una madre delante del hijo que no responde; y en esa aflicción se estaba preanunciando ya el dolor supremo que sería la Cruz. Desde lo alto de la Cruz, Cristo, fijándose en el mundo, fijándose en cada hombre, en cada uno de nosotros, ofreció su amor gratuitamente, como sin esperar nada, porque el amor verdadero no tiene pretensiones, es libre por completo, porque sólo pretende darse.

El joven rico cerró sus ojos y también su corazón: fue por una mezquindad; el de Cristo, en cambio, fue una dilatación de completo amor. Toda la tensión moral de aquel joven, del cual no conocemos su destino eterno, se redujo a algo mezquino, una especie de “polvo ético”, una tristeza sin medida.

Pero “todo es posible para Dios”, y esta posibilidad se llama conversión y se llama Iglesia, compañía de hombres que siguen a Jesús. La Iglesia es la compañía de los pobres de espíritu y, a menudo, desgraciadamente también pobres en lo moral, pero que están delante de Dios, cercanos a Dios que ha fijado su morada entre nosotros. Están pegados frágilmente pero tenazmente, al lugar donde se encuentra el

rostro de Dios, donde ha puesto su morada la Sabiduría hecha carne. En esta compañía habita la verdadera belleza.

Imploramos la mirada de Cristo, para que nos haga felices y podamos dar testimonio de esta felicidad, que es el reflejo cierto de Su presencia. María, que fue la primera en ser mirada por el amor de Cristo y cuyo corazón está también dilatado de amor, nos obtenga sentirnos siempre bajo la mirada del Hijo.